

# Terrorismo y medios de comunicación

Batasuna y su precedente han sido las únicas formaciones políticas que no han necesitado tener ninguna información relevante que dar a los medios para convocar una rueda de prensa y garantizarse una asistencia nutrida de periodistas. Les bastaba su voluntad de opinar, generalmente sobre el mundo exterior.

## SANTIAGO GONZÁLEZ

Lo que caracteriza con más precisión al terrorismo frente a otras formas de violencia es que sus efectos no se agotan en la eliminación del enemigo.

En la antigua Roma se practicaba con bastante asiduidad la elegancia del magnicidio. Con una cierta regularidad, un grupo de pretorianos acuchillaba al César para poner a otro en su lugar o alguna intrigante de palacio incluía alguna *amanita phalloides* en el plato de oronjas que iba a comer el emperador para hacer correr el escalafón. A rey muerto, rey puesto. Y ahí se acababa la historia.

Con el terrorismo no es así. De su necesidad de dirigirse a la opinión pública, surge de manera natural la acuñación de un lenguaje. Es un lenguaje mixtificador, que define un espacio imaginario, un pasado inexistente y un futuro de utopía; victimista y narcisista en la relación con el exterior y, al mismo tiempo, paliativo para con su fuero interno, describir sus actitudes o definir los comportamientos propios. En alguna ponencia de Batasuna se califica a ETA como “la referencia obligada” y Arnaldo Otegi se refirió en una entrevista de *El Siglo* como “la persua-

**Santiago González**, periodista, es columnista de *El Correo* y *Diario de Navarra*.

## Lenguaje periodístico y terrorismo (3)

sión armada”, por citar dos ejemplos.

Parte de su lenguaje son también sus hechos. Juan Aranzadi escribió un magnífico ensayo a mediados de los años 80, con el esclarecedor título de *Sangre simbólica*. Raíces semióticas del terrorismo etarra. Y nace, también, la necesidad de alguien que lo cuente, un medio de comunicación.

Desde que el terrorismo anarquista del siglo XIX fue definido como “propaganda por el hecho”, expresiones parecidas han venido usándose para referirse a este fenómeno: publicidad con sangre, por ejemplo. José María Calleja escribió que cada acto terrorista es un anuncio de obligada inserción en los medios de comunicación. “Sin medios no habría terrorismo”, dice tajantemente Marshall McLuhan, afirmación de la que parte Jean Baudrillard para aseverar que “el terrorismo no existe como acto político: es el rehén de los media, como éstos lo son de él”.

Hace ya unos cuantos años, durante la presentación en Bilbao de la novela de Jorge Martínez Reverte, *Gálvez en Euskadi*, Mario Onaindía planteaba, la imposibilidad de una novela po-

liciaca vasca, “porque aquí el crimen se reivindica”.

Esa es precisamente la diferencia con otras modalidades del crimen organizado, que el acto terrorista sólo se perfecciona con el comunicado que lo reivindica. A finales de la década de los 70 se produjo un extraño atentado en Santurce. Un comando había planeado el asesinato de un industrial tonelero de la localidad. El hecho sucedió a primera hora de la mañana, cuando el objetivo acababa de abrir su negocio. El terrorista amartilló la pistola y se dirigió hacia la víctima, pero en aquel mismo momento, ésta se llevó las manos al pecho y cayó fulminada por un ataque al corazón. El pistolero huyó, lo que demuestra su falta de profesionalidad. Un verdadero terrorista habría disparado un par de veces al cadáver con el fin de poder reivindicar el acto.

Es el mismo dilema que planteaba Rafael Sánchez Ferlosio con el soldado abatido por el rayo en *Notas sobre el terrorismo*. Es la firma sobre el cadáver.

Este narcisismo terrorista y la necesidad que tienen de la prensa nos



GONZÁLEZ

“Sin medios no habría terrorismo”, dice tajantemente Marshall McLuhan.

lleva a los periodistas a preguntarnos por algunas particularidades de nuestro oficio. Es evidente que en esta coincidencia espacial entre quienes perpetran el acto terrorista y los encargados de contarlo a la opinión pública, el lenguaje es una cuestión de importancia capital.

¿Cuáles son las cautelas profesionales que debe guardar un periodista a la hora de informar sobre el terrorismo? No hay otra respuesta que la de poner especial cuidado en el uso de las herramientas del oficio y en su mantenimiento. Los errores que más a menudo se detectan en la información son esencialmente los mismos que se cometen en cualquier información periodística: la cama redonda entre los hechos y las opiniones.

Hay un texto clásico muy a propósito. Se trata de la sorprendida afirmación de Hannah Arendt al volver por primera vez a su país desde el exilio a que la llevó el nazismo:

“Sin embargo, el aspecto probablemente más destacado, y también más terrible, de la huida de los alemanes ante la realidad sea la actitud de tratar los hechos como si fueran meras opiniones. (...) Se da en todos los ámbitos con el pretexto de que todo el mundo tiene derecho a tener su propia opinión, una especie de pacto entre caballeros, según el cual todo el mundo tiene derecho a la ignorancia. De hecho, este es un problema serio (...) porque el alemán corriente

cree con toda seriedad que esta competición general, este relativismo nihilista frente a los hechos, es la esencia de la democracia. De hecho se trata, naturalmente, de una herencia del régimen nazi”.

Pues bien. El periodismo español lleva algún tiempo confundiendo hechos y opiniones en general. Algo más, a propósito del terrorismo. Batasuna y su precedente han sido las únicas formaciones políticas que no han necesitado tener ninguna información relevante que dar a los medios para convocar una rueda de prensa y garantizarse una asistencia nutrida de periodistas. Les bastaba su voluntad de opinar, generalmente sobre el mundo exterior. Ellos fueron también los primeros en convocar “ruedas de prensa sin preguntas”, extraordinario oxímoron que ha conocido a lo largo de los últimos años un éxito extraordinario. Siguió la costumbre el PNV en los años 90 y hoy no hay partido o institución que no realice de vez en cuando una convocatoria “sin preguntas”. Parece una paradoja reivindicar el diálogo con los terroristas como panacea o remedio universal de los conflictos, al tiempo que se sustituye por el monólogo en una vieja fórmula periodística que consiste precisamente en preguntas y respuestas.

Este diálogo ‘en formato’ de monólogo es el apoteosis del periodismo declarativo y supone, en la práctica, la suplantación de los hechos por las

## Lenguaje periodístico y terrorismo (3)

palabras, algo que ocurre con frecuencia en el periodismo moderno.

Hace unos años, el periodista italiano Furio Colombo publicó un libro interesante: *Últimas noticias sobre el periodismo*. Contaba en él, como salvedad para esta enfermedad del oficio, que en el despacho del director del *Wall Street Journal* podía verse un cuadro con la siguiente leyenda: “Creemos que la verdad en periodismo se construye como las catedrales góticas, piedra sobre piedra: con un hecho encima de otro hecho, encima de otro hecho”.

Contraponía Colombo esta virtuosa máxima al periodismo declarativo: hoy la verdad periodística se construye con lamentable frecuencia con una declaración que contesta a otra declaración y a otra declaración.

El ciclo se cierra cuando las palabras dejan de tener un significado unívoco para querer decir una cosa y su contraria al mismo tiempo. El problema para el periodismo hoy en relación con el fenómeno terrorista es que ahora no se trata ya de no dejarse contaminar por el lenguaje mixtificador de ETA, lenguaje que ha dejado rastro en la terminología periodística.

Hay en los terroristas una vocación

institucional que se expresa mediante la mimetización del Ejército y el Estado que aspiran a construir. Expresiones como ‘comando’, ‘frente’, ‘impuesto revolucionario’, ‘cárcel del pueblo’, ‘acciones armadas’ tienen esa función, además de la eufemística. Los terroristas son creadores de un lenguaje políticamente correcto para uso propio.

A veces se copian otros movimientos guerrilleros de prestigio. En la primera ETA, influida por la Revolución cubana, Franz Fanon y la aventura latinoamericana del Che Guevara, se produjo en 1965 una gesta militar de fantasía. Javier Zumalde Romero, también llamado *El Cabra*, organizó un subgrupo de terroristas primerizos que irrumpió en la historia del movimiento guerrillero con la grandiosa gesta de tomar Garay.

El primero de mayo de aquel año llegaron allí ataviados con unas capas de color verde que les había cortado con sus propias manos la mujer del jefe, una Mariana Pineda de la causa *abertzale*. Aquel estreno fue un *happening*. Cortaron la línea telefónica, hicieron un par de pintadas en la plaza del pueblo ante unos vecinos atónitos, dejaron algo de pro-



GONZÁLEZ

Hoy la verdad periodística se construye con lamentable frecuencia con una declaración que contesta a otra declaración y a otra declaración.

paganda y se marcharon en autoestop.

El asunto es que en los últimos tiempos, muy especialmente desde que comenzó el proceso de negociaciones entre el Gobierno y la organización terrorista, el ejercicio del periodismo se encuentra amenazado por un lenguaje cuya función no es explicar la realidad, sino velarla.

Pilar Ruiz Albisu, la madre de Maitte Pagaza y una de las personas más admirables que uno ha tenido el privilegio de conocer, tuvo una premonición hace tres años cuando escribió una carta al secretario general del partido al que votaba y en el que militaban sus hijos: “Harás y dirás más cosas que me helarán la sangre, llamando a las cosas por los nombres que no son”.

Hoy se ha expandido por la política española algo que antes estaba circunscrito a Euskadi: las metáforas se usan muy frecuentemente en sentido literal o bien, al contrario, se codifica el lenguaje real para leerlo como si fuese metafórico.

Todo empezó en el mitin de Anoeta, el 14 de noviembre de 2004. Arnaldo Otegi se acercó al atril llevando en la mano la *kufiya* o pañuelo palestino que muchos radicales vascos usan como parte de su atuendo. Era un homenaje a Arafat que había muerto tres días antes en París.

En los medios de comunicación habíamos fantaseado no poco sobre el objeto político del acto, algunos

aventuraban la posibilidad de que aquella tarde se anunciara una tregua de ETA o una condena de la violencia por parte de Batasuna. En las tertulias radiofónicas se hacían cábalas sobre la posible aparición estelar del prófugo Josu Ternera. Periodista hubo que apostaba por una síntesis de las posibilidades apuntadas: que apareciese Josu Ternera para leer *in person* el comunicado de la tregua.

La víspera se habían cumplido 30 años justos de aquella célebre intervención con la que Arafat dejó admirada a la Asamblea General de las Naciones Unidas: “Vengo con el fusil de combatiente de la libertad en una mano y la rama de olivo en la otra. No dejen que la rama de olivo caiga de mi mano”. La expresión fue citada de manera incansable por los medios de comunicación durante los días de su agonía y fallecimiento. Era una evidente amenaza elíptica, pero a veces los periodistas nos dejamos llevar y nos embobamos con las metáforas.

Imaginemos que alguien entra en banco y le dice al cajero: “Tengo una bolsa de plástico vacía en una mano y una pistola en la otra”. A poco avisado que sea el bancario, le bastará con esa frase para hacerse una composición de lugar, si bien el visitante puede ayudarle en su proceso deductivo: “no dejes que la bolsa siga vacía”. Eso, si tiene el día pedagógico. Si lo tiene borde, puede añadir sencillamente: “Tú verás”.

A veces, los terroristas usan perí-

frasis elaboradas para definir su actividad principal. Arafat acuñó una aquel día de 1974 en Nueva York. Al definirse como combatiente de la libertad se situó en el lado moralmente soleado de la calle y su mencionado fusil dejaba de ser arma para convertirse en herramienta de luz, progreso y –¿por qué no?– de paz. Es tan atractivo el sintagma “fusil de combatiente de la libertad” que casi se confunde con la rama de olivo.

Citar es repetir erróneamente las palabras de otro, escribió Ambrose Bierce, y Arnaldo Otegi hizo suyas las palabras de Arafat. Más o menos: “la izquierda *abertzale* se presenta hoy aquí con un ramo de olivo en la mano. Que nadie deje que se caiga al suelo.” Lo que en Arafat era petición, tiene el carácter inquietante de una orden perentoria. No explicó, por otra parte, lo que tenía y aún conserva la izquierda *abertzale* en la otra mano, aunque no parece que hiciera ninguna falta.

En el mitin de Batasuna en Anoeta empezó la relegalización del partido *abertzale*, que, con una jugada elemental se había situado en el centro del debate, sin necesidad de introducir novedades de importancia en el discurso.

Algo tuvimos que ver en esto los medios de comunicación y no hago con ello una valoración condenatoria, sino una simple constatación. Los medios intuyeron inmediatamente aquel 14 de noviembre que algo había cambiado. Fue la afirmación irónica con que Otegi comenzó su intervención: “Hoy, un partido ilegal, con un portavoz ilegal, celebra un acto ilegal”. Ese mitin se celebraba en un pabellón municipal y con el beneplácito de la Delegación del Gobierno y del Departamento de Interior del Gobierno Vasco.

Los medios lo contaron con el lenguaje que les pareció más adecuado. Si os tomáis la molestia de revisar la hemeroteca, veréis cómo a partir de aquella fecha, hubo muchos medios que apearon a Batasuna del calificativo “ilegalizada” que le habían adjudicado hasta ese mismo día. Y acertaron.

Hay en el lenguaje político que se habla hoy en España palabras y expresiones talismán, que subvierten su significado original para dotarse de un sentido que va mucho más allá del que les es propio y que no vale para describir la realidad. Es un lenguaje que nació en el País vasco pero ha arraigado con rapidez: Paz, diálogo,



GONZÁLEZ

A raíz del mitin de Anoeta hubo muchos medios que apearon a Batasuna del calificativo “ilegalizada”.

el conflicto, el derecho de los vascos a decidir, la consulta, el ámbito vasco de decisión, los derechos colectivos. Si hubiera que establecer una jerarquía entre todos ellos, pondríamos en un lugar preeminente el vocablo ‘paz’.

Es un lenguaje cuya función no es describir el presente, sino anticipar el futuro o recrear el pasado, según convenga. “Paz es paz, es un fin en sí mismo, ni paz por presos, ni paz por construcción nacional”, dijo Ibarretxe en el debate de Política General de 1999.

‘El proceso de paz y sus enemigos’ se titulaba un artículo publicado en un periódico de Madrid el 5 de junio de 2006. Un título como ese exime de la lectura del resto del artículo.

Se dice ‘proceso de paz’ para no decir ‘negociación’. Estamos ante una locución sin costes; un ‘proceso de paz’ es un bien en sí mismo; haría falta ser un desalmado para no sumarse a él sin necesidad de reflexión previa. Nadie puede estar en contra del proceso de paz, como sería un bicho raro alguien que pusiera obstáculos en el camino de la felicidad. Hablar de negociación con los terroristas es un concepto distinto, lamentablemente.

Negociar con un terrorista es sentarse frente a un sindicalista algo cabrón, si me perdonáis la expresión, es asumir con alguien un diálogo cuyo fracaso trae consecuencias: en forma de asesinatos, de estragos, de extorsión. Proceso de paz es algo que tiene definido en la misma expresión

el recorrido y el objetivo, el camino y la meta. No hay caminos hacia la paz, la paz es el camino.

Las almas bellas y los políticos con interés en el asunto han llamado ‘proceso de paz’ a lo que ETA y su entorno denominaron ‘proceso democrático’, otra notable falsedad. ¿Por qué lo llaman proceso de paz cuando quieren decir negociación? ¿Por qué lo llaman amor cuando quieren decir sexo?

Pero si hemos invocado la expresión talismán ‘proceso de paz’ ya está todo dicho y nos encontramos ante un panorama extrañísimo, en el cual ETA y Batasuna son organizaciones más pacifistas que el principal partido de la oposición. Ellas forman parte del proceso y el PP no.

Este lenguaje no se limita a describir mal la realidad, sino que empuja a ésta hacia lo que la palabra anfibia quiere denotar en realidad. Voy a poner, para terminar, un ejemplo.

Hoy, nadie duda de que Batasuna estará presente en las elecciones de mayo. Todo el mundo, empezando por el presidente del Gobierno, el ministro del Interior y el fiscal general del Estado, por poner sólo tres ejemplos, considera que si Batasuna no es ya legal es porque no ha querido dar los pasos necesarios.

Sin embargo, el Tribunal Constitucional, en una resolución del 10 de diciembre de 2005, recordaba que la sentencia de ilegalización de Batasuna por el T.S. significaba la muerte ci-

vil del partido *abertzale*. Permittedme recordar el fallo del Supremo:

“FALLAMOS:

“PRIMERO. Declaramos la ilegalidad de los partidos políticos demandados, esto es, de HERRI BATASUNA, de EUSKAL HERRITARROK y de BATASUNA.

“SEGUNDO. Declaramos la disolución de dichos partidos políticos con los efectos previstos en el art. 12.1 de la Ley Orgánica 6/2002 de Partidos Políticos.

“TERCERO. Ordenamos la cancelación de sus respectivas inscripciones causadas en el Registro de Partidos Políticos.

“CUARTO. Los expresados partidos políticos, cuya ilegalidad se declara, deberán cesar de inmediato en todas las actividades que realicen una vez que sea notificada la presente sentencia.

“QUINTO. Procédase a la apertura de un proceso de liquidación patrimonial de Herri Batasuna, Euskal Herritarrok y Batasuna en la forma que se establece en el art.” etc., etc.

Aunque condene la violencia de ETA, aunque exija a ETA el abandono de las armas. Aunque intente la refundación. Batasuna y sus marcas no sólo han sido ilegalizadas, sino disueltas, se han borrado sus inscripcio-

nes, se les prohíbe cualquier actuación y se liquidan todos sus bienes. La Ley también impedirá el funcionamiento de cualquier partido que se inscriba para dar continuidad a la extinta Batasuna.

Tal vez debería terminar mi intervención con unas recomendaciones positivas, pero no creo que se pueda

hacer con sentido realista más de lo que la FAPE pretende iniciar con este panel: reflexionar sobre el asunto. Lo demás habrá de ser una iniciativa personal, de cada periodista, de cada medio. Creo que intensificar el rigor en el uso de nuestra herramienta de trabajo sería una medida muy positiva para el tratamiento del terrorismo y para ejercer nuestro oficio, en general. No deberíamos admitir palabras y sintagmas contaminados, ni lo que Orwell llamaba ‘metáforas muertas’ en un ensayo que guarda una impresionante vigencia 60 años después de haber sido escrito.

Nada más. Como decía Woody Allen en uno de sus monólogos, “me gustaría terminar con un mensaje positivo. Lamentablemente, no lo tengo. ¿Me aceptaríais a cambio dos mensajes negativos?”



GONZÁLEZ

Intensificar el rigor en el uso de nuestra herramienta de trabajo sería una medida muy positiva para el tratamiento del terrorismo.